

D. Atienza de Frutos y D. García-Ramos Gallego (coords.) (2017). *La construcción de la identidad en tiempos de crisis. El papel de la violencia y la religión*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Bosco Corrales Trillo^a

Este libro recoge las ponencias presentadas en el curso de verano “La construcción de la identidad en tiempos de crisis. El papel de la violencia y la religión”, celebrado en la sede de Valencia de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en junio de 2015. Los diferentes artículos que en él se compilan ofrecen, en su mayoría, interpretaciones de cuestiones identitarias a la luz del pensamiento de René Girard y lo hacen desde una rica variedad de campos y disciplinas: filosofía, antropología, teología, política, cine, teatro y literatura.

Tras la introducción a cargo de los editores, el libro empieza con las cuatro contribuciones de filosofía política. La primera de ellas, “Injusticias, indignaciones y revueltas... Una lectura girardiana de los «sentimientos morales» en las crisis contemporáneas”, empieza

revisando críticamente el sentimiento de “justa” indignación. Dicho sentimiento lleva necesariamente a la búsqueda de culpables para castigarlos, resarcir a las víctimas y restablecer así el orden justo. Tanto el sentimiento como los procesos sociales que desencadena son perfectamente legítimos e incluso loables... a menos que el culpable no lo sea tanto y el inocente lo sea menos aún. El autor, siguiendo la teoría mimética y sirviéndose de la interpretación que hace Girard del libro de Job, nos previene de la tentación de clasificar a las personas de manera demasiado simple y así dividir el mundo entre culpables e inocentes, buenos y malos.

El segundo artículo es “El umbral y el límite: reflexiones sobre el sentido ético-político de la alteridad en la era global”, de Antonio Cerella. En primer

^a Doctor en Filosofía, profesor de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.
E-mail: bosco.corrales@ucv.es



lugar, el autor nos presenta el pensamiento de Giorgio Agamben acerca de los refugiados y los campos de refugiados como una versión actual del *homo sacer*, personas despojadas de ciudadanía y reducidas a “nuda vida”. Ellas nos muestran que los Estados democráticos actuales y su soberanía continúan “sacrificando” a personas, en el sentido etimológico de “hacer sacro”, o sea, “separar” y “excluir”. La solución, sin embargo, no puede venir solo del Estado, sino que tiene que surgir del propio hombre, realidad mucho más rica que su identidad estatal-nacional. El mártir cristiano, sacrificado (segregado, separado y después asesinado) testimonia que el hombre no puede reducirse a ciudadano, porque el valor de la vida humana es infinitamente mayor que el del Estado y sus leyes.

Domingo González Hernández, en su escrito “La causalidad diabólica: René Girard y León Poliakov”, procura una interpretación de la realidad política occidental contemporánea, partiendo de la noción de “causalidad diabólica”, propia de las religiones y culturas antiguas. Las persecuciones, judeófobas o no, se justificaban mediante la idea de que los judíos, las brujas, los herejes, etc., eran agentes de Satán. El demonio era considerado la causa última de todos los males. La modernidad, a pesar (e incluso a través) de su búsqueda de causalidad científica, no solo no ha erradicado semejantes horrores, sino que ha contribuido quizá a su prolongación y

aumento. Véase, por ejemplo, el antisemitismo “científico” del Tercer Reich. En otro orden de cosas y salvando las distancias, por supuesto, las ideologías políticas contemporáneas, incluso y precisamente aquellas que hacen alarde de democráticas, podrían estar enmascarando el mecanismo del chivo expiatorio, descrito por Girard, bajo la apariencia de racionalidad.

La conferencia de Desiderio Parrilla Martínez, “Limitaciones de la teoría mimética como categoría política”, cierra el ciclo de filosofía política. Partiendo de la noción de “sociedad política” de Aristóteles, Parrilla argumenta que la teoría mimética no tiene cabida en el ámbito de la política. Como mucho, podría considerarse como perteneciente al campo de lo pre-político, por cuanto tiene de antropología y de psicología social. ¿Por qué, entonces, aplica Girard su teoría a lo político? Por la influencia del Sartre marxista-maoísta en su propio pensamiento. Por eso, critica Girard al Estado y a su impotencia para frenar la violencia: porque participa de los prejuicios anti-Estado de Sartre. El autor critica además la mala comprensión y el uso de los conceptos políticos por parte de Girard, así como su interpretación de Hegel. Una lectura polémica, muy ilustrativa y que estimula el pensamiento político.

El artículo de David Atienza, “Mártires y *Taotaomo'nas*. Analogías y naturalidades en las Islas Marianas”, aporta una contribución original al libro desde



el área de la antropología. Según el estudio de Atienza, las “malas muertes” o muertes violentas son interpretadas por distintas culturas como un peligro contaminante social y augurio de violencia. En Guam, los antiguos chamorros creían que los huesos de los “malos muertos” eran carbonizados y pulverizados en el mundo de ultratumba con el fin de hacerlos desaparecer y neutralizar así la amenaza de conflicto social. Esta creencia está en sintonía con la idea girardiana del contagio mimético y la escalada de violencia generalizada. Por otro lado, la creencia chamorra halla fuertes analogías en la mentalidad sacrificial de los misioneros católicos que llegaron a Guam en el siglo xvii. A pesar de muy señaladas diferencias, Atienza encuentra conexiones muy significativas entre la creencia chamorra y la práctica de quemar herejes, judaizantes, etc., por parte de los católicos. Da, sin duda, mucho que pensar.

Los dos artículos siguientes pertenecen al campo de la teología. James Allison, en su texto “Y Cenicienta va al baile: ¿de qué modo la antropología mimética recupera la virtud teologal de la esperanza?”, explora el papel de la esperanza –Cenicienta– en relación con sus dos hermanas, la fe y la caridad, y en relación con el pensamiento apocalíptico de René Girard. Parte de la definición de la esperanza como virtud teologal en estos términos: “disposición a acoger lo que ya somos, pero que aún tenemos que llegar a ser”. Con esto como telón

de fondo, el aparente pesimismo de *Achever Clausewitz* no es tal, sino más bien un realismo inmunizado y que inmuniza contra ingenuos optimismos que falsean la realidad actual. En este sentido, “estirados” entre la memoria y el futuro, la esperanza es la disposición a permanecer presentes en medio de lo catastrófico y ante la desesperación, pero sin desesperar.

La contribución de Carlos Mendoza-Álvarez y Rodrigo Palomar, “Teología y posmodernidad. Una recepción crítica de la teoría mimética en contexto de violencia sistémica”, plantea la teoría mimética como propuesta de rehabilitación del cristianismo en tanto que horizonte de sentido. Partiendo de la descripción de nuestro tiempo como “un mundo donde la violencia se ha radicalizado y hecho sistémica”, afirman que el cristianismo tiene cabida hoy, pero no como filosofía ni como moral, sino como cuestión radical. Dicha cuestión podría formularse en términos girardianos como sigue: “¿de dónde y por qué la rivalidad que nos enfrenta a muerte?”. Y más aún: “¿cómo superarla?”. Es decir, la pregunta fundamental de nuestro tiempo, a juicio de los autores, “consiste precisamente en la supervivencia de la humanidad y del planeta”. Dicha pregunta, en sus distintas formulaciones, no solo la plantean el cristianismo y la teoría mimética, sino que la comparten casi todas las religiones y muchas filosofías no creyentes, porque forma parte de lo más profundo de la estructura



antropológica. Por eso, se promete fecunda en el diálogo interreligioso y entre fe e increencia.

La teoría mimética ofrece un análisis penetrante y bien articulado de la situación de violencia sistémica actual, pero ¿qué hacer?, ¿cómo superarla? La respuesta no la encontramos en el ámbito teórico sino en el amor incondicional propuesto por el cristianismo: el salvador crucificado. Respuesta que, acto seguido, se convierte en nueva pregunta: ¿podrían, quizá, encontrarse atisbos de solución en el no-resentimiento y en un acompañamiento de las víctimas no prepotente ni vengativo?

Desde la perspectiva del análisis político, Ángel Barahona y Roberto Solarte estudian la construcción de las identidades nacionales en España y Colombia, respectivamente. Barahona comienza con un breve recorrido por la recepción de la obra de Girard en España, apuntando que intelectuales y escritores como Savater, Jon Juaristi o Mario Onaindía han experimentado cambios de perspectiva e incluso de mentalidad tras la lectura de Girard. A continuación, aplica el modelo de la teoría mimética a la lectura de dos casos de construcción de la identidad nacional en España: la prohibición de las corridas de toros por el Parlamento de Cataluña, por un lado, y la creación de la identidad vasca, por otro. Su vasta experiencia y su profundo conocimiento del pensamiento de Girard permiten a Barahona llevar a cabo un ejercicio de hermenéutica de

los procesos nacionalistas muy interesante. Dicho ejercicio muestra la utilidad de la teoría mimética como clave interpretativa en los campos de la sociología y antropología y su enorme fuerza explicativa de las cuestiones sociales (y personales), no solo de la antigüedad o el medievo, sino de nuestras situaciones más actuales.

Roberto Solarte hace también una lectura en clave girardiana de la realidad social de su país. Su análisis se centra en las relaciones entre identidad, violencia y religión, en referencia a la historia de la violencia en Colombia. Recorre los siglos, desde la época colonial hasta nuestros días, mostrando cómo se ha ido dando un proceso de “escalada a los extremos” a lo largo de la historia colombiana, que ha resultado en un estado de violencia. La violencia allí no es la producida por una guerra entre Estados, ni es tampoco una guerra civil, sino un conflicto complejo y generalizado, enquistado en la propia estructura socioeconómica y en las identidades culturales y religiosas del país. En Colombia, en Palestina, en Siria, en Iraq, en el Congo, etc., se han establecido estados de violencia, que desvelan la incapacidad del Estado para mantener el monopolio de la fuerza y en los que la propia violencia se ha convertido en la empresa económica que mueve el país y en catalizador de construcciones identitarias en clave de amigo-enemigo y víctima-verdugo. Para finalizar, el autor propone muy brevemente una aportación a la superación



del estado de violencia mediante reconciliaciones reales y concretas, no desde una perspectiva victimista, sino desde la vivencia existencial de la esperanza “que viene de un Dios identificado con las víctimas”.

Los capítulos de García-Ramos, Antonello y Johnsen se dedican al ámbito del teatro, la literatura y el cine. David García-Ramos recorre la escena del teatro español del siglo xx, mostrando la presencia en él de lo sagrado, más precisamente de la noción de sacrificio. El teatro, cualquier teatro, y por ello también el teatro español del siglo xx, dice siempre algo acerca de la condición humana. Analizando obras de dramaturgos tan dispares como Rodrigo García, Angélica Liddell y Juan Mayorga, García-Ramos pone de manifiesto que la presencia del sacrificio en el teatro contemporáneo no es algo accidental ni anecdótico, sino que se encuentra en su propio centro, probablemente porque pertenece a la estructura de la propia realidad humana. La lectura de estas obras de teatro en clave girardiana arroja una luz sorprendente sobre la posibilidad de una salida del conflicto mimético que no implique la sacralización-profanación de víctimas y verdugos, ni la venganza de las víctimas. Una solución que la obra no ofrece, pero ante la cual el espectador se siente inevitablemente interpelado en lo profundo de sí.

Pierpaolo Antonello, sirviéndose de la teoría mimética y de la descripción del mecanismo victimario-sacralizador

de René Girard, deconstruye hábilmente lo que él considera el mito de Pier Paolo Pasolini. La élite intelectual italiana habría continuado y llevado a perfeccionamiento, a juicio de Antonello, un proceso de victimización y posterior divinización de Pasolini –iniciado por el propio autor–, entronizándolo como icono del intelectual comprometido. A través del análisis de su biografía, sus escritos y sus películas, el autor muestra a un Pasolini que ha interiorizado hasta tal punto la mimesis descrita por Girard que no se da cuenta de ello. En el fondo, el héroe italiano asumió la identidad de víctima inocente y –quizá sin darse cuenta– dejó que el resentimiento y la consecuente necesidad de escandalizar y molestar se convirtieran en la fuente de su inspiración.

Por último, William A. Johnsen, en su artículo “«Extraño encuentro» de Wilfred Owen y el apocalipsis clausewitziano de René Girard”, presenta una sugestiva lectura del poema de Owen y de la interpretación de la guerra y la violencia que en él se ofrece. El poema ilustra magistralmente el conflicto interior entre matar o dejarse matar, entre combatir la violencia con más violencia o destruirla asumiéndola sin resistirse. Partiendo del comentario del poema, Johnsen se aventura en las profundidades humanas y bucea en la complejidad del entramado de identidades que forman la identidad de cada ser humano: inocentes, culpables, víctimas, asesinos. Las dos identidades de “Extraño encuentro”, la dedicada a



la paz y la consagrada a la guerra y la sangre, pueden ser una y la misma, puede que sea yo, puede que seamos todos.

Quizá en este reconocimiento se encuentre la vía de solución de mi guerra contra el otro.

